

[www.elboomeran.com/](http://www.elboomeran.com/)

BREVE TRATADO SOBRE LA  
ESTUPIDEZ HUMANA



[www.elboomeran.com/](http://www.elboomeran.com/)

Ricardo Moreno Castillo

BREVE TRATADO SOBRE LA  
ESTUPIDEZ HUMANA

Prólogo de  
Francesc de Carreras

**fórcola**  
Singladuras

## Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Fórcola

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: *Extracción de la piedra de la estupidez*,  
1475-1480, Hieronymus Bosch, Museo del Prado, Madrid

© De la edición, Ricardo Moreno Castillo, 2018

© Del prólogo, Francesc de Carreras, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-27923-2018

ISBN: 978-84-17425-21-0

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

|  |           |
|--|-----------|
| PRÓLOGO, de Francesc de Carreras .....                   | 7         |
| INTRODUCCIÓN .....                                       | 15        |
| <b>Breve tratado sobre la estupidez<br/>humana .....</b> | <b>21</b> |
| A MODO DE EPÍLOGO  |           |
| Cómo luchar contra la estupidez .....                    | 91        |
| ÍNDICE ONOMÁSTICO .....                                  | 109       |

## PRÓLOGO

*Francesc de Carreras*

EL LIBRITO que el lector tiene en sus manos no es un mero divertimento sin más, tampoco es un breve tratado, como lo titula provocativamente el autor, sino que es un excelente e irónico ensayo sobre la estupidez, quizás no del hombre de todas las épocas pero, sin duda, del hombre de nuestros días.

Al terminar de escribir este primer párrafo me doy cuenta de que ya estoy entrando en faena mediante un ejemplo: he escrito «hombre», no «hombre y mujer», y quizás algunos lectores pensarán que sólo me estoy refiriendo a la estupidez de la mitad del género humano, el masculino, dejando de lado la otra mitad, el femenino.

Pues bien, quien así piense, al menos en ese punto concreto, quizás alberga un cierto grado de estupidez pues olvida que en gramática, además de los géneros masculino y femenino, también está el neutro, lo cual permite referirse a ambos sin ser repetitivo y confuso,

es decir, facilitando la comprensión, una de las funciones, sin duda la más importante, del lenguaje.

Ortega y Gasset decía que la claridad era la cortesía del filósofo; quizás la cortesía de la Academia de la Lengua deba ser establecer reglas para que las personas se entiendan fácilmente entre sí y por esto existe un género, el neutro, ciertamente útil en el lenguaje aunque inexistente en la realidad. Pero la estupidez humana, al no distinguir entre el plano lingüístico y el social, se empeña en complicar la comunicación entre las personas. Ya saben, al principio fue aquello de «compañeros y compañeras» y ahora estamos en el «portavoces y portavozas». Todo es empezar para que la estupidez humana, rodando y rodando, se prolongue hasta los rincones más inverosímiles.

Como ven, están ante un libro oportuno y actual: éste es un ejemplo, uno entre muchos, al que el autor dedica algunas páginas. Pero la sustancia de la obra no son los diversos ejemplos sino el argumento de fondo que se plantea de entrada al formular el llamado principio de Hanlon, según el cual «no se ha de atribuir a la maldad lo que pueda ser explicado por la estupidez». Hay que destacar

que este principio está al nivel científico del principio de Murphy o, alejándonos en el tiempo, de la navaja de Ockham. Sin embargo, para argumentar retóricamente, no para demostrar científicamente, a veces resulta de utilidad.

Ricardo Moreno aplica el principio de Hanlon al mundo de hoy y concluye: hace más daño la estupidez que la maldad. Así lo razona: «La estupidez es más dañina que la maldad, porque es más fácil luchar contra la segunda (porque actúa con una cierta lógica) que contra la primera (que carece de ella). Si pudiéramos suprimir la maldad, el mundo sería un poco mejor. Pero si pudiéramos suprimir la estupidez, el mundo sería muchísimo mejor». Moreno es un escéptico racionalista sumamente agudo, lo ha demostrado ya en sus muchos libros y, aun reflexionando siempre en la órbita de la duda cartesiana, considera que hoy existen algunas certezas que, sostiene irónicamente, «incluso las personas inteligentes pueden defender sin dejar por ello de serlo».

Ahora bien, para afirmarse en esas certezas han tenido que pasar muchos siglos de reflexión continuada, los avances científicos siempre han sido lentos y el pensamiento

actual no puede prescindir de esta larga tradición. Pero los tontos, dice Moreno, no la tienen en cuenta y suelen optar por dos salidas: o se apuntan a la última moda filosófica, o se aferran a sus posiciones de siempre sin admitir ninguna rectificación. Es lo contrario de aquello que hacen los sabios. En efecto, los sabios dudan, es decir, nunca están satisfechos con lo que ya saben, la razón les dice que siempre deben seguir aprendiendo. Como más o menos le dijo Keynes a un interlocutor empeinado en mantenerla y no enmendarla: «Cuando la realidad cambia, si es preciso yo también me planteo cambiar de idea, ¿usted no?». El interpelado debía de ser francamente tonto y Keynes era, en todo caso, francamente inteligente.

Francamente, pero no absolutamente. «Hay personas completamente tontas aunque no las haya completamente inteligentes», dice Ricardo Moreno. Pero no todos los tontos son iguales, según nuestro autor todos tenemos algo de tontos. Es rotundo al afirmarlo: «Es cierto que hay tontos a medias, medio tontos, tontos a ratos, tontos para una cosa y no para otra (todas estas especies formamos la mayor parte de la humanidad), pero después hay el tonto de solemnidad, el tonto a tiempo

completo, el que no abre la boca si no es para soltar una necedad, el tonto que no hay por dónde cogerlo.» Estos últimos son los estúpidos de los que trata el libro y a los que el autor denomina también con otros adjetivos muy diversos: idiotas, tontos, necios, majaderos, bobos, imbéciles, mentecatos, obtusos, cenutrios... Este breve tratado sobre la estupidez humana a ellos va dirigido.

Las ideologías contribuyen poderosamente a fomentar la estupidez. Que quede claro: no las ideas sino las ideologías entendidas como jaulas de las que no se puede salir, que impiden pensar, discurrir, dudar, razonar. Así lo expone el autor: «Cuando las ideas se convierten en un cuerpo de doctrina cerrado que se define como *algo*, se convierten en ideologías, en un armazón sobre el que se sustenta la imagen que el sujeto quiere tener de sí mismo. Y entonces ya dejan de ser ideas. Porque si las ideas sirven para pensar, las ideologías sirven para disimular la ausencia de ideas, para acorazarse contra ellas. Las ideologías prestan a quienes carecen de ideas el mismo servicio que las pelucas a los calvos». Las ideologías como máscaras para ocultar las realidades; en el ejemplo, la calvicie.

Los inteligentes tienen ideas, cambian de ideas, argumentan por qué cambian de ideas; los tontos se esconden tras una ideología y así, cómodamente, resuelven su carencia de ideas propias. Cómodamente digo: porque para tener ideas hay que saber, y para saber hay que esforzarse en saber, lo cual exige estudio para adquirir conocimientos y, en definitiva, un método para argumentar, probar o demostrar con disciplina y rigor, con precisión y exactitud. En muchos casos, bajo la apariencia de estar en posiciones críticas hay mera charlatanería: apuntarse a la última moda o repetir mecánicamente los dogmas antiguos. En eso consiste lo que hoy se denomina «políticamente correcto»: sostener lo que dice todo el mundo para no crearte problemas con los demás. Es lo intelectualmente fácil, lo personalmente cómodo, lo socialmente inútil.

En el epílogo, nuestro descreído autor no defrauda. Nos da unas recetas, sensatas y sabias, para disminuir los males que causa la estupidez humana. Les aseguro que les sorprenderán y, naturalmente, no voy a revelarlas. A mí me han recordado la conocida canción de Georges Brassens «Mourir pour des idées» en la que el maestro, en el estribillo,

siempre añade: *d'acord, mais de mort lente*. He tenido ocasión de escucharla y disfrutarla una vez más como gran colofón a este divertido y lúcido ensayo de Ricardo Moreno Castillo.